

Vista general del castillo de Coca.

## MONUMENTOS CASTELLANOS



**El castillo de Coca.** — En la amplia llanura castellana, y en la confluencia de los ríos Eresma y Voltoya, hállase la villa de Coca, de remota antigüedad y célebre historia.

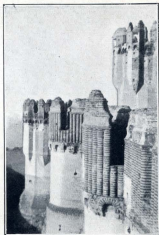
La primitiva Cauca, fundada por los vacceos y erigida por esta tribu ibera en su capital, fué tomada a traición y saqueada por las legiones romanas que mandaba el cónsul Lucius Lucullus, en el año 151 antes de Jesucristo. Vuelve a tener cierta importancia en la edad media, a raíz de haber fijado en ella su residencia los Fonsecas, noble familia de gran influencia.

Uno de sus miembros, el ilustre mitrado D. Alonso, altivo señor feudal, mudo y guerrero, decide erigir en Coca su morada, y si, llevado de sus depuradas aficiones artísticas, fué poco parco en gastar sus cuantiosas rentas restaurando y embelleciendo las iglesias de Sevilla, Ávila y Santiago durante los años que rigió esas diócesis, no las había de escatimar al construirse un palacio señorial que fuese a la vez (como exigían los turbulentos tiempos medievales) fortaleza donde asentaría su poder.

Este castillo, imponente y bellissimo, fué construido por alarifes mudéjares que supieron imprimirle cierto carácter árabe; asombra la maestría y gusto con que está



CASTILLO DE TURÉGANO (SEGOVIA).



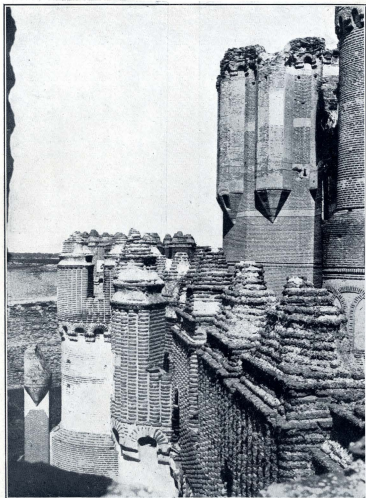
CASTILLO DE COCA (SEGOVIA).



BÓVEDA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA,  
EN COCA (SEGOVIA).



CAPITEL DEL CLAUSTRO DE LA IGLESIA DE  
SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).



CASTILLO DE COCA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.

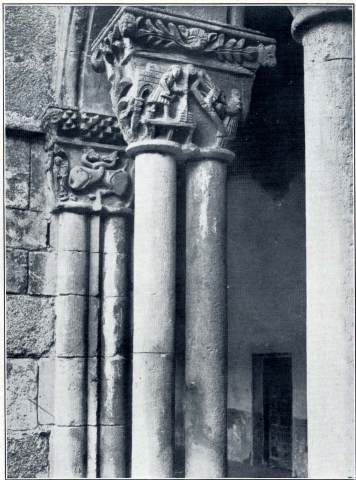




CLAUSTRO DE SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.





DETALLE DEL CLAUSTRO DE SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.

ejecutada la fábrica de ladrillo, y causa admiración la serenidad de su trazado y la movilidad de sus esbeltas líneas, que excluye toda idea de monotonía y pesadez. Joya única en su género, constituye, como dice el Sr. Lampérez, «un ejemplo magnífico y típicamente español».

Un amplio y profundo foso, cuyas aguas estaban contenidas por taludes también de ladrillo, rodea toda la construcción; salvada esta primer defensa por un puente fijo, que debió substituir al levadizo, se encuentra la única entrada del edificio, situada en el muro que rodea el primer recinto.

La muralla, almenada y calada por saeteras, es de forma cuadrada y en cada uno de sus ángulos se yergue un fuerte y elegante cubo que pasa de las formas cónica y circular con que arranca a la exagonal, teniendo como defensa en cada lado otros tantos cubos más pequeños y también de forma exagonal, decorados unos y otros con caprichosos dibujos obtenidos con la colocación de los ladrillos. El interior de los cuatro cubos angulares, destinado a alojamiento de la guardia exterior, se halla distribuido en salas, en las cuales se puede estudiar todo un curso de trazado y encuentro de bóvedas, algunas de las cuales están revestidas y policromadas.

Atravesando este primer recinto se da frente a la mole central del castillo, también de forma cuadrada, con cubos análogos a los del muro exterior en tres de sus ángulos y una esbelta y majestuosa torre del homenaje en el cuarto, destinada a contener las habitaciones de los señores del palacio y formada por cuatro gigantescos baquetones circulares. En el interior existió un patio, cuya construcción de piedra y cerámica era un prodigio de artística belleza.

Todo el conjunto se halla coronado por unas almenas formadas por nervios que apoyan en unos arcos y éstos en voladizos. Los nervios son de planta circular y están formados con ladrillos aplanillados con juntas horizontales del mismo grueso que éstos, obteniendo un listado rojo y blanco que resulta muy decorativo.

Salvado milagrosamente de ser arrasado por los comuneros en el año de 1520, como represalia del incendio de la ciudad de Medina del Campo por su entonces señor D. Antonio de Fonseca, y saqueado luego por los franceses, aparece actualmente abandonado y ruinoso, a pesar de lo cual se revela en los atardeceres como una visión de la majestad y belleza que debió tener en los años de su esplendor y poderío.

La iglesia parroquial de Santa María encierra las tumbas de la familia de los fundadores del castillo. De estilo gótico, sencilla de líneas, está enriquecida a la derecha del altar mayor por la tumba de D. Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, ejecutada por Bartolomé Ordóñez; y en el crucero por los sepulcros dobles de otros cuatro FONSECAS, bellos trabajos italianos del siglo XVI. ¡Lástima que la torre no esté completa, y sí afeada por un remate de mal gusto que rompe la armonía y composición del conjunto!

Merece citarse también, como monumentos que embellecen esta legendaria villa, el arco de entrada, principal puerta de la antigua muralla, convertida hoy en cárcel; una torre aislada, último vestigio de otra iglesia, y algunas rejas de interés diseminadas por las tortuosas calles de la antigua Cauca.

**El castillo de Turégano.** — A pocos kilómetros de Coca, y por una carretera muy pintoresca que atraviesa pueblos de marcado carácter castellano y unos hermosos pinares, se encuentra en el corazón de la tierra segoviana la interesante y antigua villa de Turégano, enclavada en un valle regado por los arroyos, con pretensiones de ríos, Mulas y Valseco.

Esta villa, conocida primitivamente con el nombre de Turvécano, según la cédula de su donación al Obispado de Segovia dada por D.<sup>a</sup> Urraca en el año 1123, perteneció a esta diócesis hasta tiempos del rey Carlos III.

El castillo de Turégano, principal monumento de la villa, es de carácter completamente distinto al de Coca, debido, sin duda, a las diferentes necesidades a que estaban destinados, pues mientras el de los Fonsecas tenía por objeto satisfacer la vanidad y la afición al lujo de D. Alfonso, su fundador, el de Turégano era una iglesia fuerte que sirvió de residencia y lugar seguro a los obispos de Segovia.

Situado a la salida del pueblo, en la carretera que conduce a Sepúlveda, está enclavado sobre una pequeña colina, apareciendo en alto dominando el pueblo, y ofreciendo una bellísima perspectiva desde la típica plaza, punto de vista que utilizó el insigne pintor Zuloaga para el fondo de su célebre cuadro *Toreros de aldea*.

Construido todo él de una piedra rojiza, es de planta cuadrada, apareciendo la ruinas de una primera defensa, cuyos cubos son de forma circular y coronados por saeteras; en ella está la puerta de medio punto defendida por unos matacanes. Una vez dentro, nos encontramos con la fachada principal, formada en el centro por dos esbeltos cubos que defienden la entrada a la capilla (pues a la parte de fortaleza se da acceso por una puerta más pequeña elevada sobre el suelo, y a la que se llega por una escalera también de piedra).

Sobre la puerta principal se destaca un escudo labrado y encima un señorial balcón, rematado con un moldurado arco, cuya clave y arranques están decorados con escultura. Este balcón y la espadaña, que esparce por el valle el tintineo de sus bronceadas campanas, son las únicas partes labradas y ricas del edificio.

A la derecha se alza una maciza y achaparrada torre, aprisionada a manera de enorme tenaza por dos cuerpos salientes, coronados, como todo el conjunto, por almenas labradas en piedra y decoradas por unas bolas. Defendiendo el flanco izquierdo existen tres circulares y robustas torres, enriquecidas por unos escudos y coronadas por unos cinturones de almenas tratadas en la misma forma que las del resto de este singular castillo.

Ocupando la parte central destinada al patio de armas, se encuentra la iglesia, de estilo románico del siglo XIII, compuesta con gran similitud, apareciendo como un todo homogéneo con el castillo. También, como éste, abandonada, aunque creo recordar que algunos días del año se rinde culto en ella.

El interior de la iglesia, bastante espacioso, es de proporciones simpáticas y conserva algunos capiteles de gran interés. Desgraciadamente, no se ha librado de la afición al antiestético revocado y blanqueo, perpetuándose el nombre del autor de este atropello artístico en una inscripción sobre el altar mayor. A la derecha del altar se encuentra la sacristía, pequeña y vacía, y a los pies de la iglesia un coro de madera, en el cual duerme el sueño del olvido un destartado y desafina-

do órgano, que en remotos tiempos alegraría con sus sonidos aquellos pesados y atemorizantes recintos.

La parte de fortaleza y residencia episcopal se encuentra dentro de los muros de la torre y cuerpos salientes, conservándose varias salas espaciosas y desniveladas, cuyos muros guardan el secreto de las intrigas por ellos presenciadas y oídas durante los borrascosos reinados de Pedro el Cruel, Enrique de Trastámara, Juan II y Enrique IV.

Castillo donde se hizo fuerte el obispo D. Juan Arias de Ávila (el cual lo robusteció en el año 1465 quitándole movilidad a sus líneas), y donde estuvo preso el secretario de Felipe II, Antonio Pérez; está en la actualidad en pie gracias a la piadosa idea de sus convecinos de convertir sus recintos en cementerio, guardándose mutuamente así del devastador galopar de los siglos.

ALBERTO LÓPEZ DE ASIAÍN,

Arquitecto.

*Dibujos del autor.*



Castillo de Turégano, visto desde la plaza.